

Capítulo 16

La Redención y las siete últimas plagas: Segunda parte

Apocalipsis 16

Antes de ver cada una de las siete plagas en detalle, consideremos el contexto del Antiguo Testamento del que se extraen. El éxodo de Egipto fue el evento que creó a Israel como un pueblo con una historia compartida. Ellos vieron la liberación que Dios obró en su favor como el mayor ejemplo de su poder redentor. Cuando el Faraón se negó a la demanda de Dios de dejar libre a su pueblo, Dios envió diez plagas sobre la tierra de Egipto (Éxo. 7-11). Estas plagas son paralelas a las siete últimas plagas que caerán sobre los pecadores al final de los tiempos:

- Las plagas cayeron sobre Egipto; Israel fue liberado de la esclavitud y, como resultado, Dios los condujo a la Tierra Prometida.
- Asimismo, caerán plagas sobre el poder de la bestia y sus seguidores en el tiempo del fin; el pueblo de Dios será librado y, como resultado, Dios lo guiará a la Tierra Prometida del Cielo.

Con ese trasfondo, procedamos a una mirada detallada a estas plagas.

Primera plaga: úlceras pestilentes

“El [ángel] primero fue y derramó su copa sobre la tierra; y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia y adoraban su imagen” (Apoc. 16:2).

Presta atención a que esta plaga cayó sobre los “hombres que tenían la marca de la bestia y adoraban su imagen”. De esto podemos extraer dos conclusiones. Primero, las plagas caen solo sobre los impíos, no sobre los justos. En segundo lugar, la humanidad ha sido dividida en dos grupos, los malvados y los justos, cuando comienzan las plagas. Desglosemos un poco más estas conclusiones.

Solo la primera plaga declara específicamente que cae sobre los impíos. ¿Podemos concluir que lo mismo es cierto para las otras siete? Aunque la declaración específica se hace solo en relación con la primera plaga, se menciona repetidamente, a lo largo de las siete, que los que reciben las plagas blasfeman contra Dios y no se arrepienten de sus pecados.

Engañados por Satanás por medio de la bestia, un poder religioso y político del tiempo del fin, los seres humanos no arrepentidos continuarán desafiando y blasfemando a Dios incluso cuando las siete últimas plagas caigan sobre ellos.

No se menciona que los justos sufran las plagas. La inferencia es que las plagas caen solo sobre los impíos. Si esto es así, entonces es claro que cada persona en la Tierra ya ha tomado la decisión irrevocable de estar en un grupo o en el otro, malvados o justos, en el momento en que las plagas comienzan a caer. Todos en la Tierra han tomado una decisión final: adorar a Dios y guardar sus mandamientos o adorar el poder de la bestia opuesto a Dios. El tiempo de gracia se ha cerrado en este momento, y aquellos que, a sabiendas, han optado por dar su lealtad a la bestia, serán los receptores de las siete últimas plagas.

La primera plaga consiste en una “úlceras maligna”. Apocalipsis no brinda más detalles. De las diez plagas que cayeron sobre Egipto, la sexta plaga fue de úlceras y llagas. En las plagas en

Egipto, las tres primeras cayeron sobre los israelitas y los egipcios por igual. Las últimas siete, sin embargo, afectaron solo a los egipcios. Los israelitas no sufrieron el sarpullido ni las úlceras de la sexta plaga.

Las siete últimas plagas ¿son calamidades literales que afligen a los seres humanos o son simbólicas? Algunos han visto imágenes simbólicas en estas plagas, pero Apocalipsis 16 no da ninguna indicación de que sean simbólicas y no literales. Ciertamente, las plagas que cayeron sobre Egipto fueron calamidades reales y literales. La evidencia indica que, aunque puede haber algún significado simbólico para estas plagas, también son eventos reales que les suceden a aquellos que han rechazado a Dios.

Cada plaga lleva consigo una profunda lección espiritual. Las plagas no son juicios arbitrarios de un Dios vengativo. Dado que toda la Escritura testifica de Jesús (Juan 5:39), ¿dónde está Jesús en las siete postreras plagas? Notarás que, según Apocalipsis 16:2, “vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia y adoraban su imagen”. Una úlcera maligna aflige el cuerpo. Trae sufrimiento físico doloroso. Los que recibieron la marca de la bestia lo hicieron para escapar del sufrimiento físico. Buscaban seguridad física. La primera plaga revela que la única seguridad física ahora y para siempre está en Cristo. Los justos pueden proclamar con el salmista: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones” (Sal. 46:1).

Segunda plaga: el mar se convierte en sangre

“El segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y se convirtió en sangre como la de un muerto, y murió todo ser viviente que estaba en el mar” (Apoc. 16:3).

En lugar de especular sobre lo que podría significar este pasaje, tomémoslo tal como se lee. Las plagas son juicios sobrenaturales. Son el decreto divino de Dios contra un planeta que, en gran parte, se ha rebelado contra él y ha perseguido a su pueblo. ¿Qué pasaría con el comercio internacional, el comercio mundial y una economía global interrelacionada si sucediera algo como lo que predice este versículo? Si el mar se volviera rojo como sangre y, debido a la contaminación excesiva de nuestros océanos, todos los seres vivos murieran en el mar, el comercio mundial se interrumpiría de inmediato. El mar es la principal vía para el transporte de mercancías en el ámbito mundial. Cualquier interrupción de los viajes por mar crearía un colapso económico inmediato. Los que recibieron la marca de la bestia buscaban seguridad económica. Querían poder comprar y vender. La segunda plaga habla con tono de trompeta de que no hay seguridad económica real fuera de Cristo. Sus promesas son seguras. Así como él ha hecho provisión para su pueblo en cada época, también proveerá para nosotros. Nuestros pan y agua estarán seguros (ver Isa. 33:16). Él es el Cristo que provee para todas nuestras necesidades ahora y para siempre.

Tercera plaga: los ríos se convierten en sangre

El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos y las fuentes de agua, y se convirtieron en sangre. Y oí al ángel de las aguas decir:

“Justo eres tú, Señor, que eres y que eras, el Santo, porque has hecho justicia. Por cuanto ellos derramaron la sangre de los santos y los profetas, también tú les das a beber sangre, pues lo merecen”. Y oí que desde el altar respondían: “Sí, Señor Dios Todopoderoso,

tus juicios son verdaderos y justos” (Apoc. 16:4-7).

No hay razón para creer que estas plagas no son catástrofes ambientales literales provocadas por los juicios de Dios, tal como se leen en el pasaje. El agua que se convirtió en sangre también fue una de las plagas que Dios envió sobre los egipcios (Éxo. 7:17). Una interpretación literal vería a los ríos y los arroyos infectados por la contaminación ambiental que ha causado estragos en los océanos como resultado de dos cosas: primero, Dios retira su Espíritu de un mundo que ha rechazado los principios eternos de su forma de vida; y segundo, el egoísmo sin sentido de una sociedad industrial que contamina indiscriminadamente nuestros cursos de agua.

En referencia a esta tercera plaga, Juan escuchó a un ángel decir: “Justo eres tú, Señor, que eres y que eras, el Santo, porque has hecho justicia. Por cuanto ellos derramaron la sangre de los santos y los profetas, también tú les das a beber sangre, pues lo merecen” (Apoc. 16:5, 6). Este versículo es la clave para entender el significado espiritual que está detrás de cada una de las plagas. Dios les da de beber agua roja como la sangre porque “derramaron la sangre de los santos”. El poder de la bestia ha impuesto un decreto de muerte. Apocalipsis 13 señala que cualquiera que no adore a la bestia y a su imagen sería condenado a muerte (vers. 15). El significado más profundo de esta plaga es que Cristo es el Creador, Sustentador y Protector de nuestra vida. Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, y podemos confiar en él por medio de las plagas que caen sobre los impíos. El salmista nos asegura: “Caerán mil a tu lado, y diez mil a tu diestra, pero a ti no llegará. Con tus ojos mirarás, y verás la retribución de los impíos” (Sal. 91:7, 8).

La primera plaga declara que toda seguridad física se encuentra en Cristo. La segunda plaga habla de nuestro bienestar económico en Cristo. La tercera plaga revela que Cristo es el Autor de toda vida y sostiene nuestra vida como nuestro Creador y Redentor.

Dar a beber sangre a los impíos es una retribución justa para aquellos que han perseguido al pueblo de Dios hasta la muerte y han derramado su sangre. Las palabras de este ángel (y la de Apocalipsis 16:7) vindican la justicia y la rectitud de los juicios de Dios en las plagas que caen sobre los impíos.

Hay similitudes aquí con la experiencia de Elías durante la sequía de tres años que Dios trajo sobre Israel por sus pecados. Cuando las aguas se secaron, Dios preservó la vida de Elías en el arroyo Querit, con agua del arroyo y comida entregada por cuervos (1 Rey. 17:1-6). Durante la tercera plaga, los impíos no tienen agua para beber, pero Dios promete a su pueblo pan para comer y agua para beber (Isa. 33:16). Así como Dios cuidó de Elías durante la calamidad en sus días, Dios cuidará de su pueblo durante las plagas. Elías fue llevado al cielo sin morir. Asimismo, aquellos que tengan el sello del Dios vivo (Apoc. 7:1-4) serán trasladados al Cielo sin morir cuando Jesús regrese.

Cuarta plaga: calor abrasador del sol

“El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, y le fue dado quemar a los hombres con fuego. Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria” (Apoc. 16:8, 9).

Algunos señalan los efectos del cambio climático como indicadores actuales de cómo esta plaga podría afectar a la

humanidad a medida que aumenta la temperatura de la Tierra. La radiación ultravioleta ha aumentado significativamente en los últimos años, a medida que la capa de ozono de la atmósfera terrestre se ha degradado. Estos fenómenos, sin embargo, son más graduales. La cuarta plaga proviene de Dios como un juicio sobre el pecado y los pecadores. Los quemados por el calor antinatural del Sol “blasfemaron el nombre de Dios [...] y no se arrepintieron para darle gloria”. Las plagas sobrevienen como juicios contra el pecado y los pecadores que han tomado una decisión irreversible, no como un castigo diseñado para llevarlos de regreso a Dios.

El pueblo de Dios se salva del calor abrasador que atormenta a los malvados. El salmista escribió: “El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Todopoderoso. Diré al Señor: ‘Tú eres mi refugio y mi fortaleza, mi Dios en quien confío’. [...] Con sus plumas te cubrirá, debajo de sus alas estarás seguro” (Sal. 91:1-4).

El conflicto final entre Cristo y Satanás gira alrededor de la adoración. El pueblo de Dios lo adora como Creador (Apoc. 4:11; 14:7). Sin embargo, las culturas paganas, durante siglos, han adorado al Sol. El dios principal del culto egipcio era Ra, el dios del Sol. El dios mesopotámico y babilónico del Sol era Shamash. Era parte de una tríada de dioses falsos adorados por los babilonios. Los persas y los primeros romanos adoraban al dios-sol Mitra. El culto romano a Mitra era una señal de lealtad al emperador. *Sol Invictus*, el Sol invicto, era el dios-sol oficial del Imperio Romano tardío. Los israelitas y los fieles seguidores de Dios a lo largo de los siglos han adorado al Creador en el sábado bíblico. El séptimo día, sábado, era una señal de lealtad al Dios verdadero (Eze. 20:12, 20). En los últimos días de la historia de la Tierra, se aprobarán leyes que harán cumplir la adoración en

domingo, el día del Sol. La cuarta plaga revela que nuestro Señor es el centro de toda adoración verdadera.

Quinta plaga: oscuridad y dolor

El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia, y su reino se volvió tenebroso, y se mordían sus lenguas de dolor. Y blasfemaron al Dios del cielo por sus dolores y sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras (Apoc. 16:10, 11).

La oscuridad fue la novena de las diez plagas que cayeron sobre los egipcios, por la negativa del faraón a reconocer a Dios y serle obediente (Éxo. 10:21-29). Esta plaga golpea directamente al “trono de la bestia”. El poder de la bestia ha mantenido a la gente en oscuridad espiritual, y ahora la oscuridad desciende sobre ella. La luz proviene de Dios; no hay tinieblas en él (1 Juan 1:5). Jesús es la Luz del mundo, por lo que la oscuridad espiritual cae sobre aquellos que lo rechazan. Juan escribió en su Evangelio:

En él [Jesucristo] estaba la vida, y esa vida era la luz de los hombres. La luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la extinguieron. [...] Aquel Verbo [Jesucristo] era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y [...] el mundo no lo reconoció (Juan 1:4-10).

La Palabra de Dios podría haber traído luz a aquellos que están en oscuridad espiritual bajo el reinado de la bestia. “La explicación de tus palabras ilumina” (Sal. 119:130). Pero, en lugar de buscar la luz, la iglesia apóstata manipuló la Ley de Dios

y ocultó la luz de la Palabra a las personas. La oscuridad y el dolor son el resultado.

La quinta plaga revela que la luz de la verdad se encuentra en Jesucristo. Cristo y su Palabra son inseparables y, como dice el salmista: “Lámpara es para mis pies tu palabra y lumbrera a mi camino” (Sal. 119:105). La luz de la Palabra de Dios brilla desde Jesús, pero las tinieblas envuelven el dominio de la bestia.

Sexta plaga: Se seca el río Éufrates

El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates, y su agua se secó, para preparar el camino para los reyes que vienen del oriente. Y vi salir de la boca del dragón, de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta tres espíritus impuros como ranas, que son espíritus de demonios, que hacen señales y van a los reyes de todo el mundo para reunirlos para la batalla de ese gran día del Dios Todopoderoso. [...]

Entonces reunieron a los reyes en el lugar que en hebreo se llama Armagedón (Apoc. 16:12-16).

La sexta plaga seca el río Éufrates para preparar el camino a los reyes del oriente. Esto recuerda la sexta trompeta, donde se le dice a ese ángel: “Suelta los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Éufrates. Y fueron sueltos los cuatro ángeles [...] para matar a la tercera parte de los hombres” (Apoc. 9:14, 15). Varias veces en el Antiguo Testamento, secar las aguas se asocia con el poder de Dios. Así fue durante el Éxodo, al cruzar el Mar Rojo (Éxo. 14:21). Dios también separó milagrosamente el río Jordán para que los israelitas pudieran cruzar a Canaán “en

seco” (Jos. 3:17; ver también Isa. 11:15; 44:27; Jer. 51:36; Zac. 10:11).

Pero la sexta plaga nos recuerda de forma más llamativa la caída de Babilonia ante los medopersas en la noche de la fiesta de Belsasar (Dan. 5). Seguramente recuerdas que Ciro desvió las aguas del río Éufrates, con lo que secó la parte del cauce que ingresaba en la ciudad de Babilonia, para que sus ejércitos pudieran marchar por debajo de las puertas de la ciudad y derrocarla. Los medopersas vinieron del oriente para derrocar a Babilonia. Juan recurre a esta imagen al describir la sexta plaga.

El segundo ángel de Apocalipsis 14 clama: “Ha caído, ha caído la gran Babilonia” (vers. 8). La Babilonia espiritual, el poder de la bestia, está siendo derribada por Dios en las últimas horas de la historia de la Tierra. Dios está llamando a su pueblo a salir de ella para no ser partícipe de sus pecados ni de su destrucción. Las aguas de la Babilonia literal se secaron cuando Ciro la derrocó. Según Apocalipsis 17:15, las aguas de la Babilonia espiritual son las naciones y los pueblos que la sustentan. Este apoyo se secará cuando caiga Babilonia y las siete últimas plagas pongan fin al pecado y a los pecadores.

La batalla de Armagedón

Bajo la sexta plaga, Juan vio “salir de la boca del dragón, de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta tres espíritus impuros como ranas” (Apoc. 16:13). Estos espíritus inmundos son los espíritus de demonios que reúnen a los reyes de la Tierra para la batalla de Armagedón.

Hay una especie de juego de palabras aquí en el idioma griego, en el que escribió Juan. La palabra griega para “espíritu” es *pneuma*, que significa “aliento”. Así que, decir que un “espíritu”

maligno (*pneuma*) salió de la boca del dragón es lo mismo que decir que un “aliento” maligno (*pneuma*) salió de la boca del dragón. Es una forma de decir que el dragón, la bestia y el falso profeta exhalaron influencias malignas.

Anteriormente, hemos identificado al dragón como Satanás; y a la bestia, como la Iglesia Romana apóstata. Pero ¿quién es el falso profeta?

Apocalipsis 19:20 dice: “Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho las señales ante ella; con esas señales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia y adoraron su imagen”. Hablando de la bestia que surgió de la tierra, Apocalipsis 13:13 y 14 dice: “Realizaba grandes señales, y hasta hacía descender fuego del cielo a la tierra ante los hombres. Con las señales que se le permitió realizar en presencia de la primera bestia engaña a los habitantes de la tierra”. Cuando analizamos juntos los dos textos, pareciera que el falso profeta es la segunda bestia de Apocalipsis 13, que hemos identificado como los Estados Unidos de América: la bestia con apariencia de cordero que habla como dragón.

Los espíritus malignos, o influencias, provenientes del dragón, la bestia y el falso profeta, reúnen a los reyes de la Tierra en una gran batalla en un “lugar que en hebreo se llama Armagedón” (Apoc. 16:16). Este nombre se ha asociado con Meguido, una ciudad de Israel en la Llanura de Esdraelón, en la antigua carretera de Egipto a Damasco. Esta llanura fue un gran campo de batalla del mundo antiguo. Fue donde Barac y Débora derrotaron a Sísara y sus carros (Juec. 4). El rey Ocozías murió allí en batalla (2 Rey. 9:27). El buen rey Josías perdió la vida allí, en una batalla con el faraón Neco (2 Rey. 23:29). Fue un famoso campo de batalla en la historia hebrea.

La palabra *Armagedón* ha llegado a representar un enfrentamiento final o una lucha culminante que termina en la derrota total de un lado, y la victoria total del otro. Se ha especulado mucho sobre quiénes serían los antagonistas en la batalla de Armagedón al final de los tiempos. Se han sugerido varios enfrentamientos nacionales. Pero es importante tener presente el tema principal de Apocalipsis. Apocalipsis está revelando la victoria final de Cristo en la larga batalla contra el mal.

Apocalipsis dice que el dragón, la bestia y el falso profeta reunirán a los reyes de la Tierra para esta batalla. Dadas estas imágenes, parece que la batalla a la que se refiere Armagedón no es una batalla militar literal entre las naciones de la Tierra, sino que es la batalla final en la lucha espiritual que ha sido el enfoque del libro de Apocalipsis desde el principio. Ciertamente, habrá conflictos militares y guerras internacionales antes de que Jesús regrese. Jesús detalla estos eventos como señales de los últimos días en Mateo 24, Lucas 21 y Marcos 13. Sin embargo, el clímax de los siglos ocurre cuando la Iglesia y el Estado se unan para imponer la marca de la bestia. Cada persona del mundo tomará su decisión final, las plagas se derramarán y Jesús descenderá del cielo para liberar a su pueblo. Armagedón es el enfrentamiento final en el gran conflicto entre Dios y Satanás. Es el enfrentamiento final entre el bien y el mal antes de que Jesús venga.

Séptima plaga: granizo y destrucción cósmica

Y el séptimo ángel derramó su copa por el aire. Y del santuario del cielo salió una gran voz desde el trono que dijo: “¡Hecho está!”
Entonces hubo relámpagos, voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan

grande como no lo hubo jamás desde que existen hombres sobre la tierra. Y la gran ciudad se partió en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron. Y Dios se acordó de la gran Babilonia, y le dio la copa llena del vino del furor de su ira. Entonces toda isla huyó, y los montes desaparecieron. Y del cielo cayó sobre los hombres una enorme granizada, con piedras de casi un talento (34 kg) de peso. Y los hombres blasfemaron a Dios por la plaga del granizo, porque la plaga fue muy grande (Apoc. 16:17-21).

Cada uno de los siete ángeles ha derramado su plaga sobre un objetivo diferente: (1) la tierra; (2) el mar; (3) los ríos y los manantiales; (4) el Sol; (5) el trono de la bestia; (6) el río Éufrates; y (7) el aire. Cuando el séptimo ángel vierte su plaga en el aire, se producen calamidades cósmicas de inimaginable destrucción, tanto en la atmósfera como en la tierra: granizo, relámpagos, truenos, un gran terremoto, montañas que se derrumban e islas que desaparecen. El granizo también fue una de las plagas que se derramó sobre Egipto en el momento del Éxodo (Éxo. 9:24). Una voz del cielo declara: “¡Hecho está!” Esto nos recuerda el grito de Jesús cuando murió en la Cruz: “¡Consumado está!” (Juan 19:30).

La batalla del Armagedón, el acto final del Gran Conflicto, termina con los eventos cataclísmicos que preceden a la aparición de Jesús sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria (Mat. 24:30).

Babilonia pensó que podía hacer lo que quisiera. Pensó que podría desafiar a Dios con éxito. Ahora se desmorona y “Dios se acordó de la gran Babilonia, y le dio la copa llena del vino del

furor de su ira” (Apoc. 16:19). Verdaderamente, la ira de Dios contra el pecado se completa en las siete plagas postreras (Apoc. 15:1).

En los momentos finales de la historia de la Tierra, cuando la oscuridad espiritual cubra el planeta y el pueblo de Dios enfrente una muerte segura, Cristo regresará con un resplandor de gloria para liberarlo. El diablo y las fuerzas del infierno son derrotados, los justos muertos resucitan y, junto con los justos vivos, son transformados en cuerpos inmortales y ascienden en las nubes para estar con Cristo para siempre.